

El profetismo de Valentín Arteaga imprime a su obra un carisma transcendente que, lejos de apuntar al apocalipsis, intenta revelarnos la escotilla salvífica de un buque a punto de naufragar, apostando por un retorno al misterio, es decir, a la reivindicación de lo inmenso, lo que, en una civilización donde todo se puede medir, pesar, valorar, vender y comprar, no puede menos que antojársenos revolucionario. Es por ello que clama por lo atávico: el rito y el mito, que no son otras las connotaciones litúrgicas de su poesía, reclamando para la existencia ese sentido lúdico y ceremonial que la prisa nos va arrancando para convertirnos en verdaderos autómatas, abocados a un futuro que, cual Jano Bifronte, nos muestra por un lado la paz y la molicie, amenazándonos, por el otro, con la más absoluta desolación.

Aún inédito Retablo de ceniza, Valentín Arteaga regresa a su tierra natal. Se trata de un exilio que le imponen razones familiares y que, tras alejarlo del ojo del huracán, de su grupo Síntesis y de otras ventajas que obviamos, lo devuelve, de nuevo, a la soledad.

En Tomelloso, siempre inquieto y contradictorio, se aproxima al llamado Nuevo mester de clerecía, corriente marginal de difícil clasificación dentro de nuestra lírica, goliarda y festiva, heterodoxamente confesional, con la que Valentín Arteaga entra en contacto con Padrenuestro sin más (1980), un libro de encargo sobre la vida de Cayetano de Thiene, circunstancia que, empero, no afecta para nada a la obra, salvo en lo meramente anecdótico, inconveniente que queda superado al recrear el tetrástrofo berceoniano, destilado hasta el punto de extraer sus elementos rítmicos, volatilizándolo la rima e incluso la misma estrofa, resultado de lo cual es un verso ágil, sencillo, libre de cuanto le imprimiera su primitiva pesadez: todo un descubrimiento. Aun en vaso tan adecuado, el vino de la historia resulta difícil de escanciar. Ya lo hizo el propio Berceo, pero eran otros los tiempos y otro era el lenguaje. La tentación prosaísta que siempre amenaza al poema narrativo ha sido eludida con magistral habilidad mediante el recurso a esos toques maestros, pinceladas de color artesanalmente elaborado, que convierten la narración en evocación, el discurso lineal en suave travelling cinematográfico, el dato en sugerencia. Y, una vez más, la recreación del lenguaje clásico, extrapolando a nuestro castellano estructuras tomadas del griego y el latín, proporciona al lector gráciles sensaciones arquitectónicas, como si en cada periodo oracional latiera una cariátide, y en cada acento rítmico moviese un leve viento los donosos acantos del capitel corintio, material de acarreo trasplantado por amoroso orfebre a un elegante templo medieval.

En la misma línea irán apareciendo El mar en la patena y Misa de Navidad (1984). El primero es, sin duda, el mejor y el más lírico de los libros que escribe Valentín Arteaga a mitad de camino entre el regusto lingüístico de los novísimos y el nuevo mester, donde, y así lo he afirmado en innúmeras ocasiones, no está su sitio. Se trata, en cualquier caso, de un texto hermosísimo en donde el poderoso lirismo del poeta derrámase, diluvial, con una sinceridad acaso impropia de su opción esteticista. Como afirmé en el prólogo, "no cabe resistirse al hechizo de estos poemas que dejan inerme al lector con la fuerza expresiva de una escritura firme y, en cierto modo, excluyente, por cuanto en cada verso traslúcese un autor que nos está imponiendo con ternura evangélica su propia y peculiar cosmo-